

Óptica de género

De la domesticación a la educación de las mexicanas

Graciela Hierro*

La vocación materna se reconoce como el resultado de una relación sexual madura, de una decisión compartida acerca de cuándo deben venir los hijos; de su consideración como una opción responsable que requiere de una educación para el desempeño de la función materna y paterna. No se nace sabiendo ser madre o padre. Se aprende al desarrollar esta nueva relación con el infante, mediante un sentido humano, cuando los padres son personas educadas, provistas de la capacidad y el afecto para mantener, cuidar e iniciar al infante en su vida.

Los hijos son un fin en sí mismo y requieren, como condición necesaria para su desarrollo, tener padres realizados como personas.

Las mujeres necesitamos superar el prejuicio —que se nos ha inculcado en “las rodillas de nuestras madres”— de que la mujer es la poseedora de los sentimientos y, por ello, la encargada de la especie, y que la racionalidad y la eficacia laboral, política, etcétera, es masculina. Hemos de entender, hombres y mujeres, que las diferencias son personales y no necesariamente de género.

Graciela Hierro, completa los conceptos anteriores afirmando que la mujer de éxito en su trabajo no necesariamente es “mala madre”; ni la “buena” es, en consecuencia, la abnegada... Los únicos hechos de los que podemos enorgulcernos las mujeres y los hombres, son aquellos que vienen a ser consecuencia de nuestras acciones...

“Cuando nosotras hablamos de género, la gente no sabe si le están hablando de género dramático, de géneros periodísticos o de géneros textiles”

Mirtha Rodríguez y *Bohemia*, Lucía Lemos en *Chasquí*, Núm. 49, Quito, Ecuador, 1994.

Todo lo cual trae consigo el cambio de prioridades en la vida femenina, el cual permite acceder a la madurez por medio del reconocimiento de que el trabajo y la tarea materna pueden ser conjugados... El fracaso profesional sobreviene cuando las tareas y responsabilidades femeninas —es decir, ser hija, esposa o madre— se oponen a su realización, desarrollo y desempeño educativo, laboral y profesional propio, debido al sacrificio en aras de esas supuestas responsabilidades tradicionales al parecer imperativas.

Por último enfatiza: No puede darse el salto —sin más— de la joven mujer a la mujer madura, sin un proyecto de vida propio en cuanto al desempeño del trabajo, o al ejercicio de una profesión que permita la satisfacción de las necesidades económicas, afectivas, creativas y de contribución social y, también, la función materna. *M*

*Graciela Hierro, Directora del Programa de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM.

Artículo sintetizado tomado de *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, México, Editorial Torres Asociados, 1993.

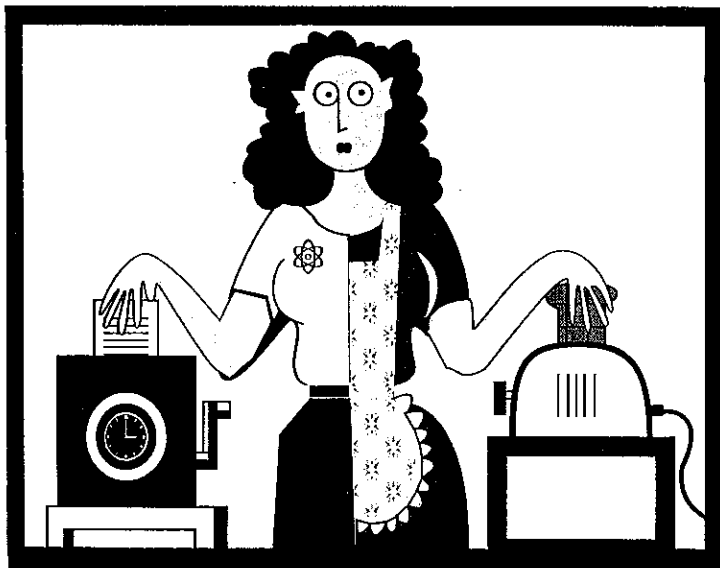


Ilustración de Cecilia Pego, tomada del libro *¿Es difícil ser mujer?*, Una guía sobre depresión, del Instituto Mexicano de Psiquiatría y del Instituto Latinoamericana de la Comunicación Educativa, México, 1996.

